

Escritores viajeros

II Concurso de formato libre
Ojos Verdes Ediciones



Ojos Verdes Ediciones

En Alicante a 31 de julio de 2017, el jurado del II concurso de formato libre Ojos Verdes Ediciones, “Escritores viajeros”, formado por:

Rosa García-Gasco, doctora en filología clásica, máster en teatro y artes escénicas y autora del libro “Ciudad de niebla”; **María José Viz Blanco**, filóloga y bibliotecaria, autora del libro “Creaciones mínimas”, ganadora del Concurso de Microrrelatos de Radio Castellón; finalista en Wonderland, programa de Ràdio 4, ganadora del primer premio de Cuenta 140, de El Cultural; **Luis Auñón Muelas**, autor de la novela “La flor del Yacaré”; y los editores de **Ojos Verdes Ediciones**, ha decidido otorgar los siguientes premios:

Primer premio

Clara Ruiz López, de España, con la obra “Manchas”.

Estudiante de pedagogía e ilustración. Nació un caluroso 22 de julio de 1995 en Murcia. Desde pequeña la escritura ha constituido uno de los grandes pilares de su vida. Empezó a escribir de forma asidua con catorce años, pero no fue hasta los dieciocho que se atrevió a compartir sus creaciones con el mundo. Llegados a este punto comenzó a participar en diferentes antologías, tanto en el ámbito poético como narrativo, y revistas literarias. También ha logrado algún que otro reconocimiento en certámenes y concursos literarios: Segundo premio en II Concurso relatos de terror “El sitio de mi recreo”, finalista en V Concurso de microrrelatos “Travesías De Tinta” y segundo premio en II Certamen “Cuentos sonoros”.

Segundo premio

Raúl Clavero Blázquez, de España, con la obra “El coleccionista”.

Vive en Madrid desde el cambio de milenio, pero nació en 1978 en Salamanca, donde estudió Filología Hispánica y un máster de guión para televisión y cine. Hasta ahora ha trabajado fundamentalmente

como guionista y redactor para varias productoras de televisión y radio. Ha ganado premios de guion en concursos como el Rovira-Beleta y desde finales de 2011 ha empezado a concursar también en certámenes de relato breve obteniendo en este tiempo más de ciento ochenta premios como el Europe Direct de Cáceres, el concurso internacional de relatos de la Semana Negra de Gijón, el Ciudad de Marbella, el Villa de Montánchez, el Camilo José Cela de Padrón, el Ciudad de Elda, el Kimetz de Ordizia o el *José Calderón Escalada* de Reinos, entre otros.

Accésits:

Cecilia Escobar, de El Salvador, con la obra “Primeros pasos (errantes)”.

Begoña García Hernández, de España, con la obra “Dejé mi corazón en Tanzania”.

Cecilia Biasutto, de Argentina, con la obra “Todo sobre ella”.

Una postal desde París

Mireia Giménez Higón

No eran más de las siete de la mañana cuando Laura despertó con el sonido de su viejo despertador. Lo apagó a tientas antes de desperezarse estirando sus brazos hacia el techo para después abrir los ojos con cautela, pues el Sol ya comenzaba a filtrarse en su habitación abrazándola con su calidez.

Miró hacia su derecha y ahí estaba, la Torre Eiffel, ese gigante de hierro que tanto había soñado conocer. El astro rey la iluminaba de tal manera que diversos colores, fruto de extraños reflejos, conseguían darle una vitalidad inexistente. A los pies de la torre, un enorme jardín con lindas flores suavizaba reconfortante sus pies de hierro. Viandantes paseaban por su cercanía, parejas con sus manos entrelazadas y otras sentadas sobre enormes pañuelos de colores, todos ajenos a la atenta mirada de Laura que los observaba llena de sana envidia. ¡Ojalá ella fuera una de esas personas enamoradas en las calles de París!

Con cierta sensación de resignación, Laura encendió al fin su pequeña lámpara para poder leer, una vez más, el dorso de la postal que su padre le había enviado desde su ciudad de ensueño.

“Mi pequeña Laura;

Espero que te guste la imagen, sé que es lo que más deseas y yo sólo espero que un día me perdones por no haberte traído aún.

Necesito que tengas paciencia y que cuides de tu madre, porque un día nos volveremos a encontrar.

Te quiere,

Papá.”

Hacía ya dos años de aquella carta abierta, en la que su padre le había prometido una vida mejor, pero parecía que jamás llegaría. Así es como Laura se levantó, se vistió con su viejo vestido lleno de retales que su madre le había cosido para reparar los daños del tiempo y se acercó hasta la cocina donde su madre ya le tenía preparado el desayuno. Una vez más, vio cómo su madre tan sólo tomaba un poco de agua para digerir mejor ese pequeño trozo de pan duro que había sobrado de días anteriores. Laura, sin embargo, tenía su tazón de leche y unas pocas galletas que tomaba con el corazón encogido, su madre jamás aceptaba compartir pues siempre decía que ella tenía suficiente con lo que tomaba y que ya comería algo a mediodía.

La niña, tras el desayuno, cogió su mochila para ir a la escuela. Se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla y verla sonreír, pues ella mantenía la esperanza que Laura había dejado a un lado hacía ya mucho tiempo. Al abrir la puerta de la casa pudo ver, en el buzón, un sobre con su nombre. Lo cogió y lo abrió. Corrió hasta su madre y entre lágrimas leyó en voz alta.

“Mi pequeña Laura;

Sé que hace mucho tiempo que no tienes noticias mías, pero quiero que sepas lo mucho que lo siento. Espero que esta carta os devuelva la sonrisa.

Mi amigo Martín Fierro

Victor Hugo Vaca Osinaga

En Andalucía estaba campeando el gaucho eterno, mi querido amigo el Martín fierro.

En Marbella me esperaba para contarme sus penas y entre los dos hacer una yunta buena.

Me contó de la pérdida de su amigo Cruz. Yo le conté de la pérdida de mi amigo Roberto.

Me contó que su familia perdió por andar de matrero. Yo le conté que a mi familia también estoy que la pierdo.

Luego le pregunté si valía la pena tanto sufrimiento y entonces él me regaló su mejor consejo:

“Junta experiencia en la vida hasta pa’ dar y prestar, quien la tiene que pasar entre sufrimiento y llanto; porque nada enseña tanto como el sufrir y el llorar”.

Y así entre un hombre joven y un hombre eterno, nos hicimos al camino en busca de mas sufrimientos.

Porque a él la pampa le quedó chica y a mi Santa Cruz me quedó pequeño y nos fuimos caminando los dos:

Como dos perros sin dueño...

Marbella 10 de julio 2006

(En un autobús hacia destino desconocido)

Un pasajero muy especial

Pepe Ramos

No solía coger autobuses, no le gustaban. Eran incómodos, lentos y atestados de gente sudorosa. Pero tenía que hacerlo. Era la única manera de llegar a Toledo lo antes posible ya que un familiar cercano había fallecido. La muerte no espera, no hace amigos, se limita a hacer su trabajo, para bien o para mal. Al no tener coche propio, ya que nunca la había hecho falta en realidad, no tenía otra alternativa. Tres horas y media de viaje, y a pesar de la belleza de la ciudad a la que se dirigía, no iba a hacer turismo. Tras dejar el poco equipaje que llevaba en el lugar destinado a ello, subió. Lo intempestivo de la hora tenía sus ventajas, ya que cuando el autobús se puso en marcha constató que apenas la mitad del mismo estaba lleno, pero comprobó con desagrado que tenía compañero de viaje, también era mala suerte ya que la mayoría de los viajeros estaban solos. Como no le apetecía hablar decidió que lo más sensato era hacerse el dormido, así tal vez no necesitaría dar conversación a nadie.

Cerró los ojos y se apoyó en el cristal, no era una postura cómoda para dormir, de hecho seguramente no conseguiría hacerlo pero le serviría como coartada. Se equivocaba, apenas había cogido la postura cuando su acompañante le preguntaba:

—¿Va a Toledo por turismo? Es una bonita ciudad.

—En realidad voy por un asunto personal, un familiar fallecido.

—Lo siento —dijo su compañero sin convicción—, la muerte es caprichosa.

Aquella afirmación llamó su atención. Aquel hombrecillo sentado a su lado, anodino, había conseguido levantar su curiosidad.

—Extraña afirmación —dijo.

—No lo crea, llega cuando menos te lo esperas, y cuando la deseas con vehemencia, pasa por tu lado, te guiña un ojo, y pasa de largo. Todos estamos en sus manos, todos pasaremos por ellas.

—Le noto algo pesimista.

—¿Pesimista? —dijo con una amplia sonrisa y añadió—: Mire a su alrededor.

La visión era aterradora. El autobús estaba volcado, las llamas lo llenaban todo, y la sangre de los pocos pasajeros corría a regueros por el suelo, que ahora era el techo. Algunos de aquellos cuerpos tenían miembros amputados, otros los rostros desfigurados, a lo lejos se divisaban luces naranjas y azules que se acercaban. Ambulancias y policía. ¿Cuándo había ocurrido todo si acababa de subirse? Miró el reloj, marcaba dos horas más. Eso era imposible. Entonces vio su reflejo en el cristal, el único que quedaba entero en aquel amasijo de carne, hierro y sangre. Tenía varios cortes en la cabeza, sangraba en abundancia y uno de sus ojos colgaba peligrosamente fuera de sus órbitas. Eso solo podía significar una cosa, estaba muerto. Se giró hacia su compañero de viaje y este, vestido con una túnica negra y una guadaña, le tendía la mano mientras le decía:

—Acompáñame, no tengas miedo. Tu hora ha llegado.
Te dije que la muerte llega cuando menos te lo esperas. ¿A
qué sí?

Recuerdo de un viaje

Alberto Strusberg Benavides

Sentado en un banco, recordando historias.

Viajes pasados... ¿Experiencias?

Ahora quedan atrás, un recuerdo del pasado

He viajado al pasado, a mi memoria.

Recordando aquellas historias.

¿Viajes, sueños? Nublan mi pensar.

Me inquieta la idea de un nuevo pasado recordar.

¿Un viaje? Una historia más.

Una ilusión para luego, sentado en un banco recordar.

El viaje

Edwin Antonio Gaona Salinas

Un pensamiento daba vueltas chocando con el piélagos de la almohada para repensar el viaje, recapacitando si la bolsa tendría el pasaporte, el tiquete, los ansiolíticos, para no regresar por otra despedida. La madrugada era perversa, ponía sus fríos en las rodillas.

Cogió los harapos de su ternura, para fundirlos a la piel que los envejeció, para tenerlos con las aguas escondidas en sus ojos y soltarlas en la noche, bajo el costado que duele, con la misma forma del abandono hurgando en el atardecer, en el alba de soledades, luchando porque no haya despertar.

Va al bosque de los cerezos, viendo cómo el amanecer avanza sin ánimo de volver, sin dejar huella de regreso. Quizá quiere olvidar lo que dejan las luces del trueno, ese dibujo fugaz que pasea en la pupila sin poder volver intacto. No llora, pero le es quebrantable despedirse de las plantas.

Sigue en la barbarie de sus células renovándose y matándose, como el florecimiento que se anhela excesivo, solo por la fruta, nada por la raíz. Para irse en picada con la trama de los recuerdos, de las tristezas, de las sensibilidades, en muerte de anemia que no importa.

Regresa a la maleta, la calentura sofoca. El viaje empieza y termina como abrir y cerrar de puertas. Llega, donde los abrazos pensados eclipsan goteras de ojos yéndose a soñar

en la tarde de un destino abierto. Donde las burbujas adoptan rutinas de luces pirotécnicas para quedar recordadas.

En el aeropuerto, recepción y recepcionistas se confabulan para reflejar un mundo de sueños abiertos, de reclamos intactos, de mordeduras vivientes con sillas frías, tanto de llegada y de olvido como de partida con besos. En esos salones lo indispensable son las frases sueltas conspirando con el infierno individual de los ojos que persiguen cualquier maleta.

—¡Ya llegó!

—¡Ha sido una eternidad!

—¡Te extrañé!

—¡Papá ¡Mamá! ¿Quién es ella? ¿Quién es él?

El viajante llevaba a sus orejas hirvientes, voces de niños esperanzados en la llegada y se confundía con otros, repudiando las despedidas, trayendo de algún tiempo pálpitos infantiles con pocas esperanzas.

Con sus cataratas teme estar próximo a la puerta de bienvenida, su bolsa pequeña lo carga. Los letreros en varias lenguas se enfocan vacíos. Incluso las flores soportan miradas repulsivas. Está próximo a degustar los abrazos pensados. Al fin, está la dictadura de las flechas.

No abandona sus sueños. Pero se interroga:

—¿Habrà una flor deambulando para mí, buscando destinataria la fortuna de una sonrisa?

Se contesta con certeza de pesimista: —El silencio no florece y tiene semilla.

—¿Dónde están las risas estrepitosas salidas de los nervios? —Se contesta con soledad—: ¡No hay nada tras la puerta del destino!

—¿No hay transeúntes? —Sus ojos afirman—: La calle tiene puerta de taxi en la esquina.

—El Parkinson sigue jodiendo...

Enrojecido con el ruido arterial busca llegar. El escritor se descerebra en el taxi. El destino, una dirección escrita para seguir viajando.